

Universidad de Costa Rica  
Escuela de Estudios Generales  
Sección de Historia de la Cultura

## La posmodernidad y sus modernidades: una introducción

George I. García



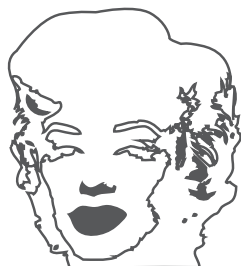
19

Serie Cuadernos de Historia de la Cultura



  
EDITORIAL  
UCR

## **La posmodernidad y sus modernidades: una introducción**



EDITORIAL  
UCR

Ejemplar sin  
valor comercial



#QuedateEnCasa



Universidad de Costa Rica  
Escuela de Estudios Generales  
Sección de Historia de la Cultura

Consejo Editorial de Cuadernos de Historia de la Cultura

M. Sc. David Díaz Arias  
Dra. Carmen Fallas Santana  
M. Sc. Luis Enrique Gamboa Umaña  
Dr. Roberto Marín Guzmán

**Universidad de Costa Rica  
Escuela de Estudios Generales  
Historia de la Cultura**

**La posmodernidad y sus modernidades:  
una introducción**

EDITORIAL  
UCR

**George I. García**

Ejemplar sin  
valor comercial

**19**

**Serie Cuadernos de Historia de la Cultura**



EDITORIAL  
UCR  
2011

149.97  
G216p

García Quesada, George Iván. 1973-  
La posmodernidad y sus modernidades : una introducción /  
George I. García. – 1 ed. , 1.ª reimpr. – San José, C.R. : Editorial  
UCR, 2011.

38 p. – (Cuadernos de historia de la cultura; 19)

A la cabeza de la port. : Universidad de Costa Rica. Escuela de  
Estudios Generales, Sección de Historia de la Cultura.

ISBN 978-9968-936-38-5

1. POSMODERNISMO. 2. FILOSOFÍA MODERNA – SIGLO XX
3. CAMBIO SOCIAL. I. Título. II. Serie.

CIP/1576  
CC/SIBDI.UCR

Edición aprobada por la Comisión Editorial de la Universidad de Costa Rica

Primera edición: 2006.

Primera reimposición: 2011.

Editorial EUCR es miembro del Sistema Editorial Universitario Centroamericano (SEDUCA), perteneciente al Consejo Superior Universitario Centroamericano (CSUCA).

Diseño de portada: *Elisa Giacomini V.*

© Editorial Universidad de Costa Rica, Ciudad Universitaria Rodrigo Facio. Costa Rica.

Apdo. 11501-2060 • Tel.: 2511 5310 • Fax: 2511 5257 • administracion.siedin@ucr.ac.cr • www.editorial.ucr.ac.cr

Prohibida la reproducción total o parcial. Todos los derechos reservados. Hecho el depósito de ley.

Impreso bajo demanda en la Sección de Impresión del SIEDIN. Fecha de aparición: febrero, 2011.  
Universidad de Costa Rica • Ciudad Universitaria Rodrigo Facio.

## ÍNDICE

Las esferas culturales y sus contradicciones.....	2
Sociedad.....	5
Sociabilidades y políticas.....	11
Artes y arquitecturas.....	16
Teorías.....	21
Un epílogo provisional.....	28
Notas.....	31
Acerca del autor.....	37



#QuedateEnCasa



EDITORIAL  
UCR

Ejemplar sin  
valor comercial

## LA POSMODERNIDAD Y SUS MODERNIDADES: UNA INTRODUCCIÓN

George I. García

*Oímos reggae, miramos un western, comemos un McDonald's a mediodía y un plato de la cocina local por la noche, nos perfumamos a la manera de París en Tokio, nos vestimos al estilo retro en Hong Kong, el conocimiento es materia de juegos televisados. [...] Pero este realismo del qué-más-da es el realismo del dinero.*

J.-F. Lyotard

Ejemplar sin

Existe cierto consenso respecto a las características básicas de la modernidad.<sup>1</sup> En cuanto a sus aspectos sociales más importantes, se encuentran el surgimiento de la economía capitalista y del Estado moderno. Esto, a muy grandes rasgos, viene aparejado con cambios respecto a los modos de vida premodernos: de relaciones sociales basadas en la tradición, la pequeña ciudad y las relaciones primarias entre personas, se pasa a otras fundadas sobre la convención, las metrópolis y el anonimato. La **racionalidad** se convierte en la modernidad en valor supremo, que debiera regir las acciones de sus miembros;<sup>2</sup> es una racionalidad impuesta por las necesidades del Estado y la economía capitalista. Es un orden social caracterizado por un cambio permanente y veloz, aunque casi siempre ordenado.<sup>3</sup>

Pero la situación cambia de plano cuando se habla de **posmodernidad**. Este término abarca aspectos sociales y culturales



muy diversos entre sí; a pesar de los intentos que se han hecho por sistematizarla, esta **condición** de la cultura parece a menudo eludir cualquier explicación unitaria. Dada la complejidad de la cultura contemporánea, si se pretende llegar a una caracterización general de lo posmoderno, es necesario primeramente analizar los aspectos que la conforman, para después articularlos desde una perspectiva unitaria que explique su generalidad, sin violentar lo particular de cada uno de sus aspectos.

En este ensayo, sostenemos que las dificultades en torno a la caracterización de lo posmoderno solo pueden despejarse –al menos parcialmente– al tomar en cuenta la autonomía relativa de las esferas culturales de la modernidad. Así, como afirma Jameson, “habrá tantas formas diferentes de posmodernismo como de altos modernismos, puesto que las primeras son, al menos en su inicio, reacciones específicas y locales contra esos modelos”.<sup>4</sup>

La hipótesis de fondo plantea que, antes de cualquier otro factor, lo que determina la heterogeneidad de lo posmoderno –y, muchas veces, las confusiones en torno suyo– son sus respuestas divergentes a las contradicciones de las esferas de la modernidad. Así, la posmodernidad no puede ser explicada exclusivamente desde la cultura (pues esta está dividida), sino necesariamente desde la sociedad considerada como una totalidad compleja. El enfoque que seguimos se enmarca, en lo fundamental, en la tradición de la teoría crítica marxista.

## LAS ESFERAS CULTURALES Y SUS CONTRADICCIONES

A las discusiones de las últimas décadas acerca de la posmodernidad –sea que se haya aceptado o no la validez de este concepto– hay que darles el mérito de haber generado un auge en la reflexión sobre la modernidad. Interesa aquí particularmente retomar algunos elementos del pensamiento de Jürgen Habermas,<sup>5</sup> para

quien la cultura en la modernidad se ha diferenciado en tres **esferas**, las cuales este autor asume de su interpretación de Max Weber, pero que podemos encontrar en el imaginario social Occidental ya desde el siglo XVIII.<sup>6</sup> Estas tres esferas culturales corresponden a los ámbitos de la **ciencia**, el **arte** y la **ética**; cada una de ellas sigue sus propios criterios y leyes, pues la **racionalización**, típica de la modernidad, las ha ido distanciando entre sí.<sup>7</sup>

En un sentido similar, Alex Callinicos ha planteado que el postmodernismo representa la convergencia de tres movimientos culturales diferenciados: en la teoría, los desarrollos conceptuales de los filósofos postestructuralistas franceses; en la estética, la reacción en el arte contra las vanguardias artísticas y en la arquitectura contra el estilo internacional; en lo ideológico, los discursos de algunos sociólogos, como Bell y Touraine, que pronosticaban la llegada de un orden socio-económico postindustrial.<sup>8</sup>

Aquí asumimos la diferenciación habermasiana entre las esferas de la política, el arte y la ciencia.<sup>9</sup> Estas tienden hacia una autonomía relativa, esto es, siguen un desarrollo propio, aunque no aisladas, sino con intercambios entre sí, y siempre condicionados por sus relaciones contradictorias con la dinámica social general, según las relaciones que las corrientes en ellas asumen respecto a los poderes establecidos.

En cada esfera de la modernidad han existido corrientes a favor y en contra de la modernización.<sup>10</sup> Grüner lo plantea muy claramente: “hay, pues, al menos dos imágenes de la historia de la modernidad: la imagen homogénea ‘ilustrada’ de la historia moderna como progreso indetenible de la Razón, imagen **compartida**, aunque ‘negativizada’, por la crítica del antimodernismo ‘post’ (como reflejo especular de simetría invertida, podríamos decir), y la imagen dialéctica, desgarrada y ‘autocrítica’ que nos transmiten Marx y Freud **desde dentro mismo de la propia modernidad**, como constitutivo ‘malestar en la cultura’ en conflicto permanente con las ilusiones sin porvenir de una Razón instrumental”.<sup>11</sup>

Así, existe, por una parte, una tendencia que acentúa los valores hegemónicos de la modernidad; sus propuestas siguen

los ideales de la Ilustración. Parten, en menor o mayor medida, de cierta fe en el dominio racional y científico de la realidad, y en un ideal de universalidad. En este ensayo los denominamos **modernistas afirmativos**; de ellos puede decirse que pretenden resolver con modernidad los problemas generados por la misma modernidad.

Por otra parte, los **modernistas negativos (o críticos)** se rebelan contra los principios de la sociedad moderna, y en particular contra su racionalidad, la cual les parece que tiende a buscar la dominación, tanto de la naturaleza como de los miembros de la sociedad. Acentúan el papel de la contradicción frente al sistema social y la racionalidad oficial, en particular de las instituciones científicas. En esta familia se pueden ubicar a teóricos como Marx y Freud, y a corrientes artísticas como **Dadá** y el expresionismo. Posteriormente se presentarán algunas características más puntuales de estas tendencias en cada esfera cultural.

De lo anterior se colige que la modernidad es sin duda más compleja de lo que muchas veces han sostenido quienes hacen elogio de la posmodernidad.<sup>12</sup> Por ello, si la posmodernidad fuera inherentemente una crítica de la modernidad, ¿cómo podría estar a favor o en contra de algo contradictorio? ¿Niega la posmodernidad al modernismo afirmativo, al negativo, a ambos, o a ninguno? ¿O será acaso que hay que seguir otro eje de lectura para comprender en qué consiste **lo posmoderno**?

Cabe traer a colación a Ágnes Heller y Ferenc Fehér, quienes señalaban que “la misma base de la postmodernidad consiste en contemplar el mundo como una pluralidad de espacios y temporalidades heterogéneos. Así, la postmodernidad puede sólo definirse en el seno de esta pluralidad, en contra de esos otros heterogéneos”.<sup>13</sup>

Algunas generalidades sobre los cambios sociales de las últimas cuatro décadas serán revisadas, a continuación, para pasar luego a enfocar esos “otros heterogéneos”, las esferas de la modernidad con las que dialoga la posmodernidad.

## SOCIEDAD

Desde los primeros años después de la Segunda Guerra Mundial, diversos investigadores sociales se habían empezado a preguntar acerca de cuáles serían las características claves para entender lo específico de su momento histórico. Surgieron entonces varias formas de calificar a las nuevas sociedades occidentales –que desde mediados de los cincuentas y hasta fines de los sesentas experimentaron un crecimiento económico acelerado–: sociedad industrial, sociedad técnica, sociedad de abundancia, sociedad del ocio, sociedad de consumo, entre otras.<sup>14</sup>

A fines de los años sesentas se plantearon algunas teorías según las cuales el capitalismo había entrado en las últimas décadas en una fase diferente de su desarrollo histórico.<sup>15</sup> Daniel Bell, Alain Touraine y algunos otros, por vías independientes, habían afirmado que durante esa década en Occidente se había pasado de un modelo de producción basado en la industria, a uno en el cual la información pasaba a ser el factor económico más importante. A ese nuevo tipo de sociedades las llamaron **postindustriales**, las cuales se caracterizarían, entre otros factores, por la generación de un creciente sector de servicios, una mayor inversión en investigación, y un rol más activo de los medios de difusión masiva en la vida social.<sup>16</sup>

Las teorías sobre la sociedad postindustrial han enfatizado el papel de la tecnología en el desarrollo de las sociedades y ponen en segundo plano las relaciones de trabajo que le han dado sentido a esas tecnologías. Estos teóricos señalaron que el análisis de la tecnología no sustituye al del capitalismo, sino que ambos son diferentes aspectos de la misma realidad social; y, sin embargo, la **recepción** de estas teorías en muchas ocasiones tendió a negar o invisibilizar los conflictos sociales inherentes en el capitalismo. Aunque Bell o Touraine expresaron la importancia de las condiciones de la producción, muchos entre quienes los leyeron, por razones que el lector podrá inferir más adelante, optaron por pasar por alto el análisis de la dinámica del sistema económico.

Estas teorías, por otro lado, nacieron cuando apenas empezaba la coyuntura que cambió realmente el sistema productivo imperante en los países capitalistas desde los alrededores de 1945. La coyuntura de crisis que irrumpe a principios de los setentas, cuando, tras décadas de bonanza, la economía occidental sufrió una fuerte caída, puede explicarse por factores económicos –de hecho, corresponde con una de las crisis cíclicas del capitalismo–, pero no puramente como producto de cambios tecnológicos.

El hecho de que las tendencias en las relaciones entre política y economía en Occidente hayan cambiado drásticamente tras esta crisis, manifestada muy fuertemente por la crisis de los precios del petróleo en 1973, indican que, aunque la tecnología sea un factor muy importante, el análisis económico del capitalismo no puede ser dejado de lado en los países supuestamente post-industrializados. Así, como dice Castells, de lo que debe tratar el análisis es de hacernos “capaces de situar la tecnología en el nivel y proceso de la estructura social subyacente a la dinámica de cualquier sociedad”,<sup>17</sup> para de ese modo entender el papel de las nuevas tecnologías respecto a las relaciones de producción de la sociedad.

Ahora bien, durante los setentas y ochentas se vivió la más fuerte reestructuración económica, junto con importantes reajustes sociales y políticos,<sup>18</sup> que necesariamente tenían que influir en el ambiente cultural. Revisemos los antecedentes de este cambio, que marca la transición hacia la posmodernidad.

El modelo fordista, que empezó a gestarse a principios del siglo XX, y adquirió mayor importancia tras la grave crisis económica de 1929, era un sistema de producción basado en tecnologías y en una organización del trabajo que fomentaron una mayor eficiencia y productividad. Pero el ensamblaje en serie implementado en las fábricas de automóviles de Henry Ford permitió, además de aumentar la cantidad de mercancías producidas, asegurarle al trabajador –ya en 1914– una jornada laboral de ocho horas por cinco dólares diarios, condiciones que

en aquel entonces eran favorabilísimas para cualquier obrero del mundo. Con esta medida, Ford propiciaba que los obreros rindieran al máximo en el exigente sistema de ensamblaje, pero además les proveía con suficiente tiempo libre e ingresos para que ellos pudieran consumir los productos de las corporaciones: **la masificación de la producción implicaba a la vez la masificación del consumo. En el fordismo encontramos, pues, el antecedente directo de las que fueron posteriormente llamadas sociedades de consumo.**

Por otra parte, las fábricas que implementaron el sistema de producción fordista se basaban muy fuertemente en inversiones de capital fijo: grandes fábricas, alrededor de las cuales germinaban suburbios en los que habitaban sus trabajadores. Las empresas fordistas tenían un vínculo directo con las regiones en las cuales se instalaban, y con su población: Ford, por ejemplo, llegó a contratar un ejército de trabajadores sociales para asegurarse de que sus empleados mantuvieran un modo de vida acorde con las necesidades y expectativas de la corporación.<sup>19</sup>

La producción fordista tuvo como complemento las políticas económicas keynesianas –así llamadas por basarse en las teorías de John Maynard Keynes–, las cuales les aseguraban a consumidores y empresas condiciones estables para la demanda de la producción, a través de la intervención sistemática del Estado en la economía. Esta combinación predominó en el mundo capitalista después de la Segunda Guerra Mundial, aunque tuvo antecedentes importantes, como el *New Deal* de Roosevelt. Este fue el punto de quiebre en la política económica del gobierno federal estadounidense: se dio a raíz de la depresión de 1929, cuando se hizo evidente que para evitar una nueva crisis económica de ese tipo –o, al menos, amortiguar sus efectos– era **necesario** regular las economías nacionales. Cargas impositivas proporcionalmente más fuertes según los ingresos, empleo para todos los ciudadanos, construcción de obras públicas, y protección del mercado interno, fueron parte de las medidas que tomó el gobierno entonces para reactivar la economía.<sup>20</sup>

Después de 1945, el Estado pasó, de este modo, a planificar su economía nacional, poniendo límites a la dinámica del mercado, y con un modelo de producción que en los países industrializados se ocupaba de las necesidades básicas de gran parte de sus obreros. Todo parecía hacer suponer que el capitalismo se había hecho inmune a sus crisis cíclicas; entre 1955 y 1964 crecieron excepcionalmente las economías de la mayor parte de los países industrializados, y en ellos esa combinación de keynesianismo y fordismo generó un modo de vida con condiciones relativamente ventajosas, como los sistemas de seguridad social que han caracterizado al llamado (de un modo sumamente ideológico) **Estado de bienestar**.<sup>21</sup> Era un modelo de crecimiento económico que generó colateralmente una mejor calidad de vida para gran parte de los miembros de las clases sociales subordinadas en el mundo desarrollado.

Por otro lado, los países del bloque soviético daban algunas señas de que su modelo económico no era radicalmente diferente al del capitalismo de su misma época. Ambos estaban basados en una profunda industrialización; los soviéticos, de hecho, apostaban a derrotar a los países capitalistas ganándoles en términos de productividad, y no por una confrontación militar directa. Esto llevó a algunos a plantear la idea de que en el fondo las ideologías ya no tenían sentido, pues en términos prácticos los dos grandes tipos de sociedad contemporáneos tendían a coincidir.<sup>22</sup>

Volviendo al Occidente capitalista, la crisis de 1973 fue un duro golpe al sistema socioeconómico allí instaurado desde hacía casi treinta años; para entonces ya el fordismo había entrado en crisis como modelo industrial predominante, y las grandes empresas empezaron a experimentar otras opciones para acumular capital. La alternativa fue entonces un régimen de acumulación flexible de capitales. En contraste con el fordismo, estos modelos dejan de lado la rigidez respecto a los procesos y mercados de trabajo, la producción de mercancías y los patrones de consumo. De este modo, se hacía más factible, además, responder a más necesidades de mercados rápidamente cambiantes.<sup>23</sup>

En este sentido, Hardt y Negri hablan de una **informatización de la producción**, en la cual lo informacional pasa a ser un factor central para las economías más desarrolladas,<sup>24</sup> lo cual trae consigo cambios en los espacios sociales. “La primera consecuencia geográfica del tránsito de una economía industrial a una economía informática es la descentralización radical de la producción”,<sup>25</sup> dicen estos autores. A diferencia del fordismo, esta forma de acumulación no requiere de ningún centro espacial, sino que funciona más bien como una red; **las diferencias entre centro y margen tienden a diluirse**. Se trataría de una posmodernización de la economía, en la cual la producción inmaterial (información, conocimientos, análisis, y otros) adquiere una importancia fundamental para la acumulación flexible de capitales; el sector de servicios es aquí básico.

Los cambios permitidos por la acumulación flexible permiten y potencian la innovación en nuevos productos, y la exploración de nichos de mercado altamente especializados. En concordancia con esto, el consumo se hace también flexible: la vida de los productos es más corta que en el fordismo, y las modas (ya de por sí un mecanismo del mercado desde la posguerra) cobran todavía más importancia.<sup>26</sup> El consumo, además de masificado, como en el fordismo, se hacía así más especializado y acelerado, propiciando una mayor diferenciación entre “estilos de vida”.

Al seguir patrones totalmente distintos respecto a la producción, el posfordismo manifiesta también condiciones laborales muy diferentes a su modelo antecesor. La tendencia dominante es a reducir la cantidad de trabajadores estables, y a basarse más en una fuerza de trabajo de la cual se puede prescindir sin costos si las circunstancias de la empresa se hacen adversas. La subcontratación es, por ejemplo, un mecanismo muy común en este modelo, así como lo es también la economía informal. De ahí que la fuerza de trabajo se encuentre debilitada por la inestabilidad y la movilidad; la posibilidad de rearticular un movimiento obrero se hace así más difícil.<sup>27</sup>

En este contexto, en el que las fábricas maquiladoras se desplazan hacia los países periféricos donde abunda la mano de obra



barata –a menudo femenina o infantil–, es comprensible que en los países desarrollados se piense que la clase obrera y el trabajo industrial han desaparecido. Evidentemente, esta división internacional del trabajo promueve que los países centrales se enfoquen en los servicios.<sup>28</sup>

Estos cambios fueron potenciados por un viraje hacia la derecha neoliberal en los países centrales; los gobiernos de Reagan y Thatcher en los Estados Unidos y Gran Bretaña emprendieron entonces una reestructuración en la que las políticas económicas de sus países se ponían explícitamente al servicio de los intereses de sus megacorporaciones. Manuel Castells caracteriza la reestructuración del capitalismo a partir de los años ochentas por tres características básicas: 1. Los capitalistas se apropian de una parte cada vez mayor de las ganancias provenientes del proceso de producción; 2. Un cambio en el modelo de intervención estatal, enfatizando el dominio político y la acumulación de capital, sobre la legitimación política y la redistribución social; 3. Internacionalización acelerada de todos los procesos económicos, para incrementar la rentabilidad y abrir mercados.<sup>29</sup>

La posterior crisis y autodisolución del bloque soviético, a partir de las reformas que puso en práctica Gorbachov, fue presentada en todo el mundo como señal de la inviabilidad de un sistema económico no capitalista. Aunque desde hacía tiempo la Unión Soviética había perdido su inicial imagen de alternativa al capitalismo, la nueva coyuntura de crisis, en los países del este europeo, significó para muchos la pérdida de cualquier impulso de cambio social radical. Los medios de difusión masiva se enfocaron entonces a difundir la nueva idea de que no existía ninguna alternativa frente al capitalismo.

De este modo, donde antes había un sistema organizado y relativamente estable, con una planificación de la vida social por parte de la racionalidad del Estado y el gran capital (aunque no sin contradicciones<sup>30</sup>) se impone un tipo de sociedad con características más volátiles y cambiantes, donde la homogeneidad impuesta por la programación de las necesidades humanas desde

el poder cede su lugar ante un aparente respeto a las diferencias y la heterogeneidad. Los permitidos por el mercado, por supuesto.

## SOCIABILIDADES Y POLÍTICAS

Se ha afirmado muy a menudo que la sociabilidad posmoderna ha surgido del fracaso de los movimientos sociales de los sesentas. Según Jean Baudrillard, por ejemplo, la posmodernidad es un asunto de intelectuales italianos arrepentidos de haber sido revolucionarios,<sup>31</sup> mientras que para Terry Eagleton, el posmodernismo es uno de los productos de la derrota política del movimiento obrero.<sup>32</sup> De hecho, como afirman Heller y Fehér, “cualquier tipo de política redentora es incompatible con la condición política posmoderna”.<sup>33</sup>

Habermas ha afirmado que el posmodernismo es otra forma de neoconservadurismo, esto es, un planteamiento que bajo nuevos argumentos sostiene una posición política conservadora. La sociabilidad posmoderna no pretende ser conservadora, pero es escéptica en cuanto a las posibilidades de cambio en las sociedades capitalistas. “El postmoderno parece vivir al día –dice Jiménez–, busca intensidades y sabe que nada puede contra el sistema, pero eso no lo angustia ni lo alegra. Es una constatación intrascendente. El hombre y la estética postmodernos son eso: intrascendentes. En el fondo, aunque no lo quieren expresamente, destruyen la condición utópica de los seres humanos”.<sup>34</sup>

El posmodernista no cree ya en la Historia y sus transformaciones; sigue el lema de “lo que no depende de nosotros nos es indiferente”.<sup>35</sup> No cree ni siquiera en el fin de la Historia; se piensa más allá de ella, la ve como otro relato inventado por la modernidad. Tampoco quiere saber nada de proyectos sociales revolucionarios, ni de costumbres, valores o ideas que se pretendan a sí mismos universales: cada grupo particular debe definir tales aspectos de acuerdo con sus intereses, y no tratar de imponer sus puntos de vista por sobre los de los demás. Por ello, intenta

llevar el relativismo cultural hasta sus últimas consecuencias en la vida diaria.

Ligada con la anterior, otra característica de la posmodernidad es su radicalización de una importante característica de la modernidad: el nihilismo, el cual consiste en la pérdida de cualquier referente absoluto y, por tanto, la creencia de que todo lo existente es producto de la actividad simbólica humana. Las formulaciones más famosas del nihilismo moderno son las de Marx (“Todo lo sólido se desvanece en el aire”) y Nietzsche (“Dios ha muerto”); los cambios sociales constantes en la vida social hacen que el sujeto moderno –y, más todavía, el posmoderno– se acostumbre a vivir sin referentes estables, y a una existencia con una temporalidad más acelerada. Esto se manifiesta en la famosa definición de Lyotard: según él, la posmodernidad consiste en la incredulidad hacia los metarrelatos, discursos que legitiman proyectos sociales de carácter totalizante. El posmoderno ya no cree tampoco en las ideas de cambio social, como lo hacía (en diferentes sentidos) la modernidad.

En realidad, la sociabilidad posmoderna, además de estar fuertemente determinada por las condiciones económicas señaladas anteriormente, lo está por el destino de las revueltas de los años sesentas en varias urbes del mundo, tanto capitalistas como “socialistas”, tanto desarrolladas como subdesarrolladas. Las importantes rebeliones populares en Tokio, México, Berkeley o Praga, entre otras, señalan el final de la coyuntura de auge económico de los cincuentas-sesentas, siguiendo una tendencia a la insurrección que provenía de las luchas anticoloniales del Tercer Mundo.<sup>36</sup>

Efectivamente, estos movimientos estuvieron marcados en forma decisiva por el liderazgo de los movimientos estudiantiles, aliados con los obreros, y en algunos casos con grupos étnicos minoritarios, en contra de los poderes políticos y económicos dominantes. Los estudiantes repudiaban la planificación sobre la vida y la cultura de las masas, a cargo de ciertos técnicos encargados de decidir por toda la sociedad cómo deben vivir

sus miembros;<sup>37</sup> sus programas políticos realzaron ideales en los que la emancipación era algo por ser vivido directamente, en la vida diaria. “La imaginación al poder”, “Prohibido prohibir” y “Después de Marx, Mayo” fueron, por ejemplo, lemas que se popularizaron en el movimiento parisino de **Mayo del 68**, junto con las ideas de teóricos como Marx, Mao, Marcuse y Lefebvre.<sup>38</sup>

A pesar de su gran impacto sobre las sociedades en las que se dieron –en México, por ejemplo, la revuelta tuvo que ser sofocada por el gobierno mediante la masacre de estudiantes en la plaza de Tlatelolco–, estos movimientos, que pusieron en jaque al orden social de entonces, no lograron consolidar sus posiciones, y pocos años después los sistemas del poder hegemónico se habían vuelto todavía más fuertes que antes. En muchos casos, quienes habían sido militantes e intelectuales radicales asumieron entonces una perspectiva de desencanto frente a la política revolucionaria, y fueron desplazándose cada vez más hacia posiciones de derecha, si no siempre por sus ideas, sí por su abandono de compromiso político.<sup>39</sup>

La sociabilidad posmoderna, que empieza a manifestarse durante los años setentas, está determinada por este abandono de los ideales revolucionarios, pero este rechazo de los ideales emancipatorios puede asumir distintas formas, según se asuman o rechacen los valores de la modernidad: en el primer caso, se trata de contentarse con lo inmediato, con la vida cotidiana ofrecida por la modernidad. Bajo esta opción, el individuo vive su posmodernidad como una modernidad más acentuada, que no aspira a ir más allá de sí misma. Lo que existe es lo posible. Es típica de esta actitud la alabanza de la sociedad del espectáculo y la cultura mercantil, como sucede con el *pop art* y la arquitectura que ha querido aprender de la de Las Vegas,<sup>40</sup> así como un individualismo que fácilmente raya en el narcisismo y en un culto obsesivo por el cuerpo,<sup>41</sup> y en el que los rápidos cambios en la sociedad corresponden con una mayor capacidad de adaptación a su medio.<sup>42</sup>

La otra opción posmoderna, la que reniega de la modernidad, busca modos de vida alternativos, antimodernos pero asumiendo esa opción como un asunto **individual**, no social y cuando mucho referido a grupos de identificación muy inmediatos. Rastas, punks, Hare Krishnas y neohippies, por ejemplo, son subculturas que pretenden eludir una modernidad que no les satisface, pero sin enfrentarla. Por ello, este tipo de sociabilidad posmoderna valora en grado sumo la marginalidad, la trasgresión y las opciones de vida de las minorías.<sup>43</sup>

En ambos casos, hay un rechazo de los ideales universalizantes, como los basados en proyectos de clase social o en los nacionalismos (excepto las identidades nacionales formadas en oposición al imperialismo); esos proyectos son vistos como grandes relatos, frente a los cuales la posmodernidad favorece a los pequeños relatos, propios de grupos locales. Las sociabilidades posmodernas enfatizan lo particular y local contra lo universal, la **pluralidad** en contra de la homogeneidad de la modernidad, la **fragmentación** contra la idea moderna de totalidad, y la ausencia de centros y jerarquías, son los nuevos valores de la sociabilidad posmoderna.<sup>44</sup>

La sociabilidad posmoderna enfatiza el tema de lo otro, lo que el poder invisibiliza: las identidades sexuales, las ecologistas, las étnicas no occidentales, las religiosidades no mayoritarias.<sup>45</sup> La posmodernidad ha desechado las grandes transformaciones sociales y culturales, y sobre todo al socialismo, pero en sus vertientes más militantes tiende todavía a identificarse con algunos grupos tradicionalmente subordinados; la política posmoderna considera la **diferencia** como uno de sus criterios fundamentales.

Ahora bien, decíamos anteriormente que el punto de referencia de la sociabilidad posmoderna es la comunidad más cercana al individuo –identidades primarias–, y no ya entidades más abstractas, como la clase o la nación –identidades secundarias–. En palabras de Žižek, “en nuestras sociedades ‘posmodernas’, la institución ‘abstracta’ de la identificación secundaria es experimentada cada vez más como un marco externo,

puramente formal y no verdaderamente vinculante, de manera tal que cada vez más se busca apoyo en formas de identificación ‘primordiales’, generalmente más pequeñas (étnicas y religiosas). Aun cuando estas formas de identificaciones sean más ‘artificiales’ que la identificación nacional –como ocurre con el caso de la comunidad **gay**– resultan más inmediatas, en el sentido de que captan al sujeto directa y abarcadoramente, en su ‘forma de vida’ específica, restringiendo, por lo tanto, la libertad ‘abstracta’ que posee en su capacidad como ciudadano del Estado-Nación”.<sup>46</sup>

La sociabilidad posmoderna y sus políticas consecuentes, tienen, pues, dos referentes básicos en la modernidad, aunque –torpemente– tienden a identificarlos como uno solo. Por una parte, se encuentra la cultura de la modernidad Ilustrada, tal como fue formulada desde el siglo XVIII, y cuya racionalidad se vio claramente plasmada en la planificación cuasi-total de los años cincuentas y sesentas en Occidente; es la racionalidad de la dominación del modernismo afirmativo. Pero, precisamente, la crítica radical de este modernismo y sus consecuencias sociales fue asumida por corrientes que hemos definido como modernismos negativos, entre los cuales el movimiento obrero fue el rival que, en la práctica, más seriamente ha cuestionado el orden social moderno.

Los posmodernistas sostienen que la racionalidad de la modernidad es en lo básico idéntica en el capitalismo y en el socialismo. Es cierto que el modernismo negativo no abandona –como quieren hacerlo los posmodernistas– la idea de una racionalidad a través de la cual emancipar al sujeto y la sociedad; sin embargo, su racionalidad es completamente distinta a la sostenida por la modernidad hegemónica. Esto ha sido así, puesto que a toda dominación le corresponden ciertas formas de resistencia. El modernismo negativo ha sido esa forma de resistencia frente a la modernidad, y de ella ha adoptado una racionalidad que, empero, se enfoca ya no a la dominación, sino a la emancipación.<sup>47</sup>

Ideales ingenuos, le parecen estos al posmoderno, quien parece estar convencido de que toda racionalidad posible desemboca

necesariamente en la administración de los campos de concentración **nazis**. Por eso, **la posmodernidad le da un valor primordial a lo estético, por encima de lo teórico o lo político.**<sup>48</sup>

## ARTES Y ARQUITECTURAS

Con las indicaciones de apartados anteriores, a nadie debiera sorprender que el término **posmodernismo** se generalizara a partir de los setentas. Fue entonces cuando el historiador y teórico de la arquitectura Charles Jencks diagnosticó la muerte de los ideales de la arquitectura moderna. Tal muerte, afirmaba, sucedió en 1972 en St. Louis, Estados Unidos, al ser derribado un barrio de viviendas diseñado por M. Yamasaki siguiendo los criterios de planificación del urbanismo funcionalista. La concepción de una arquitectura que ayudara a resolver los problemas sociales había caído estrepitosamente con estos edificios, convertidos para entonces en antros donde florecía la delincuencia.<sup>49</sup>

Muy comúnmente se confunde a la arquitectura moderna con la corriente que, dentro de ella, llegó a predominar en gran parte del mundo, entre las décadas de 1940 y 1970: el estilo internacional. Para efectos de este ensayo es indispensable diferenciar entre una y otra. Gaudí y Sant'Elia, por ejemplo, son arquitectos modernos, pero no caben en el **estilo internacional**. Del mismo modo sucede a menudo, dentro del arte moderno, con las vanguardias artísticas: casi siempre se enfocan sus similitudes, dejando de lado sus fuertes diferencias.

Frampton señala esta contradicción básica en la arquitectura moderna; ésta oscila “entre los extremos de las utopías totalmente planificadas e industrializadas, y la negación de la realidad histórica de la producción mecánica”.<sup>50</sup> Ambas responden, por diferentes medios, a los problemas y dificultades generados por la producción industrial y la urbanización. Igualmente con las vanguardias artísticas: entre las que coincidieron con el modernismo afirmativo estuvieron el constructivismo, el **futurismo** y la

**Bauhaus**; entre los modernistas negativos, estuvieron el expresionismo, el **Dadá** y el surrealismo.<sup>51</sup>

El caso fundamental del modernismo afirmativo en arquitectura es el del **estilo internacional**, el cual predominó como símbolo por excelencia de la modernización, a partir principalmente de la década de 1950.<sup>52</sup> Esta concepción arquitectónica intentó aplicar los principios del funcionalismo, esto es, una concepción según la cual las funciones del edificio o la ciudad debían imponerse, eliminando cualquier elemento que estuviera destinado exclusivamente a adornarlos. Le Corbusier, artista y arquitecto de origen suizo, limitaba a cuatro las funciones de la ciudad: vivienda, trabajo, circulación y ocio. Un edificio de habitaciones era concebido, por ejemplo, como una máquina para habitar. La belleza dependía más bien del modo cómo el espacio diseñado respondía a estas funciones, y el vacío tenía un valor estético absolutamente superior a cualquier ornamentación.<sup>53</sup>

Al pretender basarse en criterios científicos, este estilo se propagó por el mundo, anunciándose como un estilo internacional, cuyos principios podían ser aplicados indistintamente en cualquier lugar del planeta. Era una arquitectura enfocada para la planificación de ciudades en las que el espacio estuviera al servicio de la eficiencia y la racionalización de la vida entera, pero principalmente de los procesos productivos.<sup>54</sup> Era una arquitectura que respondió muy tardíamente a la necesidad de planificación del espacio del capitalismo industrial del siglo XIX.<sup>55</sup>

A pesar de las características autoritarias que fue adquiriendo –pues suponía que algunos expertos podían decirle a la gente común cuáles eran sus necesidades, y cómo vivir su vida cotidiana–, la arquitectura moderna tenía un compromiso con el mejoramiento de la sociedad; en el caso de la escuela de arquitectura **Bauhaus**, por ejemplo, durante la década de 1920 sus programas políticos fueron de izquierda, oscilando entre la socialdemocracia y el comunismo. Sin embargo, tras la Segunda Guerra Mundial la arquitectura de esta corriente pasó a ser la representativa de las grandes ciudades capitalistas.<sup>56</sup>



La arquitectura que cobró fuerza durante los setentas no tenía ya la fe mesiánica de hacía un par de décadas atrás. Rebelándose contra la frialdad y el elitismo del estilo internacional –entendido por los posmodernos como toda la arquitectura moderna–, la posmoderna apela a la familiaridad de las imágenes de los medios de difusión masivos, y a la cultura de masas en general, para devolverle a los espacios diseñados su vínculo con la cotidianidad. Por ello, no es casual que uno de los libros que originalmente expresaron los ideales posmodernos en la arquitectura haya sido **Aprendiendo de Las Vegas**,<sup>57</sup> en el cual, en un alarde de populismo intelectual, se alaba y celebra la cultura de masas. La arquitectura posmoderna ha asumido reiteradamente estos elementos sin ningún ánimo de crítica, obviando que la cultura de masas en el capitalismo es una cultura fundada, entre otros factores, en la manipulación ideológica.

La posmoderna es una arquitectura no centrada en necesidades colectivas, sino principalmente en intereses privados; no busca ya la planificación de ciudades, sino el diseño de edificios abstraídos de su contexto espacial. Sus grandes monumentos son edificios de instituciones poderosas, y en especial de las corporaciones capitalistas.<sup>58</sup> En su reacción frente a la austeridad del estilo internacional, ha exaltado la ornamentación sin justificación funcional, y la mezcla de estilos de diferentes modelos históricos, creando a menudo espacios que no buscan tanto agrandar, sino más bien asombrar. Así, no es raro encontrar edificios que incorporan luces de neón en columnas romanas, o que experimenten combinando formas tradicionales con otras contemporáneas; la arquitectura posmoderna no teme a la excentricidad,<sup>59</sup> pero es desencantada y cínica.

El arte posmoderno, surgido en los sesentas con el **pop** de artistas como Warhol y Lichtenstein, al igual que la arquitectura surgida poco después, busca su fuente de inspiración en íconos de la cultura de masas, como Marilyn Monroe, las historietas, o la famosa lata de sopa Campbell. Mientras que el movimiento

moderno –muchas veces inspirado en motivos y temas tradicionales– buscó proyectarse hacia la cultura masiva, el arte posmoderno procedió a la inversa, al incorporar al máximo la cultura de masas en el arte culto.

Esta relación del arte, entendido como “alta cultura”, con la cultura de masas tiene implicaciones políticas directas.<sup>60</sup> La arquitectura y el arte modernos –pero sobre todo, en éste, las vanguardias artísticas– pretendían **enseñar** al público; partían de que era necesario ir más allá de la (supuesta) ignorancia de las masas, y contaban para ello con propuestas estéticas sobre las cuales pretendían fundar una nueva cultura que ayudara a librar a la sociedad de los problemas de la modernidad. El arte moderno es un arte difícil, que obliga al espectador a pensar la obra de arte, a darle un sentido, a interpretarla de un modo consciente,<sup>61</sup> a asumirse como sujeto.

Por ello, principalmente durante las primeras décadas del siglo XX, el arte moderno rompió con todas las convenciones artísticas a las que estaba acostumbrado el gran público: en la pintura abandonó la perspectiva, descompuso y recompuso el espacio; convirtió al lenguaje en el protagonista de la literatura; cambió el sistema de tonos tradicional en la música; cercenó los signos de realismo en el teatro y otros.<sup>62</sup> De ese modo, las nuevas corrientes planteaban, a la vez, la posibilidad de un mundo diferente a aquel en el que cotidianamente transcurrían las masas; si era posible fundar una nueva cultura basada en otras leyes y símbolos, también sería posible transformar la sociedad en una realidad más vivible.

El arte posmoderno –al igual que su arquitectura– intenta romper con las distinciones, establecidas por el modernismo, entre el arte culto y la cultura popular.<sup>63</sup> Así, según Žižek, para el arte posmodernista la interpretación es tan importante como para el modernista, pero el posmodernista intenta mostrarse familiar, comprensible por cualquiera, y solo el análisis atento de sus obras de arte revela las influencias de importantes teóricos contemporáneos (Lacan, Foucault, Derrida) sobre él. Menciona, como ejemplos, películas como **Blade runner**, **Terciopelo azul** y **Terminator**.<sup>64</sup>

Ahora bien, esta desacralización del arte, que acerca la obra de arte a la vivencia cotidiana más que al fenómeno extraordinario, ya era propia del modernismo negativo, en las obras de antiarte de **Dadá**, o en los eventos surrealistas. De hecho, hay quienes consideran a Marcel Duchamp, un dadaísta emigrado a los Estados Unidos, como el precursor del arte posmoderno, al ponerle su firma a un orinal corriente, y presentarlo como obra de arte en una exposición.

Al intentar romper con las instituciones que tradicionalmente controlaban el arte (galerías, museos, crítica de arte y otros), el arte posmoderno retoma, pues, esas inquietudes del modernismo negativo. De este le falta, en general, la búsqueda de experimentación y de innovación; la posmodernidad no pretende ya encontrar nada nuevo, cuestión que obsesionaba a los modernos. Pero hay otro factor central, además de su renuncia a incorporarse en proyectos históricos, que caracteriza al arte posmoderno: el **pastiche**. El pastiche es una imitación, en este caso, de lenguajes plásticos y formas provenientes del arte y la arquitectura modernos, pero sin ninguna ironía; es una parodia sin sentido del humor.

Otro rasgo importante de la posmodernidad es su nostalgia; pero es una nostalgia de situaciones que no han sucedido real, sino imaginariamente. Como el pastiche, esta característica proviene de la noción de **simulacro**, que revisaremos en el apartado sobre teorías en la posmodernidad, y que se refiere directamente al nihilismo: sostiene la inexistencia de una realidad sólida –ni la ciencia, ni la Historia, ni el arte– sobre la cual basar la cultura.

Más allá de estos aspectos particulares, se podría sintetizar el arte y la arquitectura de la posmodernidad como derivados de la tradición de la modernidad negativa, pero sin la radicalidad política ni la ironía que caracterizaron a esta tendencia. Por lo demás, las características de la posmodernidad estética bien pueden interpretarse de acuerdo con el esquema del paso del fordismo al posfordismo, como lo plantea Harvey: “la relativamente estable estética del modernismo fordista ha cedido su lugar a todas las cualidades de agitación, inestabilidad y fugacidad de una estética

posmodernista que elogia la diferencia, lo efímero, el espectáculo, la moda y la mercantilización de las formas culturales”.<sup>65</sup>

## TEORÍAS

Los temas de la sociabilidad y la estética posmodernista han tenido una relación muy directa con los desarrollos teóricos de las últimas cuatro décadas. De particular importancia para la posmodernidad han sido las teorías de los llamados **nuevos filósofos** franceses, entre quienes se encuentran Jacques Derrida, Gilles Deleuze, Jean Baudrillard, Michel Foucault y Jean-François Lyotard, por citar sólo a unos cuantos. Estos teóricos surgieron en los sesentas y setentas como críticos del estructuralismo, una corriente de análisis fundada a inicios del siglo XX, para la cual cualquier fenómeno debía ser analizado como un sistema de relaciones, y las partes en él tenían sentido solamente en relación con las demás.<sup>66</sup>

El estructuralismo fue sumamente importante para la filosofía y las ciencias humanas (en áreas como la lingüística, la antropología, el psicoanálisis y la semiología, entre otras), principalmente en las décadas de los cincuentas y sesentas. Entre las características de este tipo de análisis se encuentran: 1. el basar sus análisis en dicotomías, o sea, elementos opuestos entre sí; 2. el ya mencionado énfasis sobre la noción de sistema; 3. el predominio de lo espacial y sincrónico en la elaboración de las teorías; y 4. un antihumanismo metodológico en los estudios humanos, pues el análisis parte de lugares y no de sujetos.<sup>67</sup>

Esta corriente reaccionó contra la filosofía existencialista que venía dominando el discurso académico en Francia, y en particular contra su tendencia a convertir las vivencias del ser humano en el criterio por el cual interpretar la realidad. El estructuralismo tendió más bien a convertirse, muy acorde con los ideales de la modernización fordista-keynesiana, en una corriente autoritaria, científicista y tecnocrática, que excluía a las masas de la toma de decisiones que afectaban su cotidianidad.<sup>68</sup>

Ahora bien, los **nuevos filósofos** que mencionábamos anteriormente plantearon sus propias teorías **postestructuralistas** como críticas al estructuralismo, teorías que a menudo son confundidas con **filosofías posmodernas**. Esto es una grave imprecisión, por motivos que pronto plantharemos. Entre las características de estos **nuevos filósofos** están sus relaciones tensas respecto a la tradición de los llamados **pensadores de la sospecha** (Marx, Nietzsche, Freud), a los cuales intentaron radicalizar al máximo. Pero, entre estos tres pensadores, es Nietzsche –el filósofo del nihilismo y la voluntad de poder– el referente más importante en las teorías de los postestructuralistas.<sup>69</sup>

Otro aspecto que debe llamar la atención es que estos pensadores no pueden ser caracterizados como filósofos en el sentido tradicional, aun cuando la mayoría de ellos tienen formación en filosofía.<sup>70</sup> Los aspectos que abarcan estos autores son tan amplios, y tienen aplicación a tantos ámbitos del conocimiento, que sus desarrollos son entendidos simplemente como **teoría**. Efectivamente, en términos tradicionales no puede describirse, por ejemplo, en qué disciplina se encontraría Foucault: ¿sería historiador, filósofo, psicólogo? ¿Es Baudrillard semiólogo, sociólogo, filósofo, comunicólogo? Los planteamientos de autores como ellos atraviesan todos esos ámbitos, y más, haciendo necesario entender las disciplinas del conocimiento de un modo distinto al que predominaba hace algunas décadas; este, afirma Jameson, es un fenómeno de la posmodernidad.<sup>71</sup>

Por otra parte, muchos de ellos fueron izquierdistas durante los sesentas, con diversos grados de militancia, y todos ellos asumieron en la década posterior posiciones políticas más reservadas y posiciones teóricas más pesimistas respecto a la posibilidad de un cambio social radical. Es en este momento cuando, como dice Eagleton, “en el alto pesimismo galo de Foucault, como opuesto a sus cualidades más políticamente activistas, la izquierda pudo encontrar una racionalidad sofisticada para su propia parálisis política”.<sup>72</sup> **El escepticismo de estos intelectuales ha sido, sin duda, una fuente de inspiración para la posmodernidad.**

Este escepticismo parte de una crítica radical de la racionalidad de la Ilustración. Ésta había sido un proyecto cultural en la que predominó un optimismo respecto a las posibilidades de la razón como una facultad humana que al ser aplicada sobre el mundo llevaría gradualmente al progreso tecnológico y social, y a la felicidad individual; la razón, pensaban los ilustrados –con pocas excepciones, entre ellas la de Rousseau–, llegaría a resolver todos los problemas humanos de control sobre la naturaleza y la sociedad.

En este sentido, la Ilustración sostenía los valores de la emancipación y la libertad, aunque lo hacía desde el punto de vista de una burguesía que no terminaba de imponerse contra el Antiguo Régimen feudal. El proyecto cultural y político de la Ilustración explicitaba los ideales de una sociedad capitalista todavía por ser construida, y en función de ella estaba formulado. La modernización ha sido la puesta en práctica de esta racionalidad ilustrada (modelo del modernismo afirmativo) sobre toda la vida social.

La crítica de la racionalidad ilustrada no es, pues, patrimonio del postestructuralismo, ni de la posmodernidad; hemos insistido en que es el rasgo que define a los modernismos negativos. Así, por referirnos sólo a los pensadores de la sospecha, cada uno de ellos había planteado ya que la racionalidad, y el pensamiento en general, están condicionados por factores no racionales: por las prácticas históricas relativas a las relaciones de producción, según Marx; por la voluntad de poder, según Nietzsche; por el deseo, según Freud.<sup>73</sup> La razón no es ya para ellos el factor que por sí solo permita mejorar la situación de la sociedad o el sujeto; ya no creen en el progreso.<sup>74</sup>

No existiría una sola racionalidad, como creía la Ilustración, y por tanto no habría ninguna forma de conocer el mundo objetiva y directamente; incluso en la ciencia habría siempre cierto componente que depende del lugar social del investigador y de la cultura a la que él pertenece. La objetividad y la verdad, contra las cuales el posmodernismo se ha rebelado con fuerza, ya habían sido puestas en términos relativos –aunque no negados totalmente– por los

modernistas negativos.<sup>75</sup> Efectivamente, estos asumen el criterio de la diferencia, del predominio de lo particular sobre lo falsamente universal.

Los postestructuralistas llevan esta crítica de la razón a conclusiones sumamente originales. Del estructuralismo retomaron el tema del lenguaje, y a partir de este todos ellos desarrollaron sus teorías. En general parten de que el lenguaje es el que le da sentido a la realidad, con una relativa independencia de ella. El lenguaje no corresponde directamente con una realidad objetiva; lo que hablamos y pensamos tiene una coherencia propia, independiente de cualquier factor externo. Dicho de otro modo, interpretamos el mundo según nuestro lenguaje y sus estructuras: las estructuras de nuestro lenguaje son las estructuras por las cuales interpretamos el mundo. Si las estructuras de nuestro lenguaje fueran diferentes, percibiríamos la realidad de un modo totalmente distinto.

Esto lleva a relativizar todo conocimiento y todo pensamiento. Partiendo de esta base, los postestructuralistas desarrollan sus teorías en direcciones distintas, aunque muchas veces concordantes. No se puede tratar al postestructuralismo como una doctrina coherente –de hecho, varios de sus exponentes denunciaban la voluntad de coherencia como otra forma de dominio de la racionalidad ilustrada–; sin embargo, a continuación planteamos, a modo de una introducción, algunos aspectos sumamente generales sobre las teorías de estos autores.<sup>76</sup>

A partir de la relativización del conocimiento, Lyotard fundamenta toda su propuesta de una sociabilidad posmoderna sobre **juegos de lenguaje** –y no sobre criterio científico alguno–, los cuales serían simples interacciones lingüísticas entre individuos, de las cuales cada uno debería tratar de sacar el mejor provecho posible para sí mismo. Se recordará que fue precisamente este autor quien proclamó el advenimiento de la **condición posmoderna**, y la caracterizó como la incredulidad ante los metarrelatos emancipatorios de la modernidad. En este autor la posmodernidad tiene un claro carácter pragmático y tecnocrático; para él la posmodernidad sería más bien una modernización potenciada.<sup>77</sup>

Si los signos que componen el lenguaje no se refieren a nada más fuera de ellos —o sea, a la “realidad”—, entonces, resulta que, como afirma Baudrillard, vivimos en un mundo de **simulacros**, esto es, de copias que carecen de un original. Esto, puesto que los signos solo se refieren a otros signos. La cultura contemporánea sería una cultura del simulacro, en la cual los medios de comunicación masiva definen lo que existe o no para las masa.<sup>78</sup>

Jacques Derrida plantea que el mundo está conformado por textos en constante diálogo entre sí; incluso la filosofía sería una forma de texto, similar a la literatura. Más allá de esto, al estar confinados en los límites de nuestro lenguaje, todo aquello con lo que nos relacionemos es un texto; se ha descrito a este pensador como un **pantextualista**. Ahora bien, este autor ha planteado un método para poner al descubierto las inconsistencias y fluctuaciones en los textos: la **deconstrucción** intenta poner al descubierto la vacuidad de las certezas sobre las cuales se asientan las producciones textuales entendidas como **escritura**. Contra una racionalidad que jerarquiza al establecer dicotomías (como era propio del estructuralismo), afirma que ha de prevalecer la **diferencia**, como criterio a partir de la cual romper con el **logocentrismo**, el predominio de la racionalidad ilustrada en la vida social. Se trata de romper el dominio de los centros, dándole mayor importancia a los márgenes.<sup>79</sup>

Michel Foucault estudió a profundidad los cambios históricos en las formas por las cuales se ha organizado el conocimiento, principalmente entre los siglos XVI y XX. Para él, todo saber corresponde con ciertas prácticas de poder; al cambiar esas prácticas de poder muy posiblemente cambiará también sus saberes. Todo discurso proviene de un lugar social (esto es, de relaciones de poder), y los criterios mediante los cuales las sociedades regulan las relaciones entre lo pensable y lo impensable, lo visible y lo invisible, corresponden a grandes estructuras culturales que Foucault denomina **epistemes**.<sup>80</sup> Todo discurso surge de una **episteme**, y solo tiene sentido dentro de ella; no habría conocimiento más allá de una **episteme**.<sup>81</sup>



Otro tema que ha sido muy enfatizado por el postestructuralismo es la corporalidad (en particular por Foucault), tema que han retomado a menudo en conexión con los trabajos del marxista Mijaíl Bajtín. También se ha convertido en un lugar común, a través de Barthes, la idea de la “muerte del autor” como forma de lectura que se despreocupa de las intenciones y contexto de quien escribió el texto; esta idea se sustenta en parte por la noción de que no existe un texto original, todo texto es parte del *fluir* del lenguaje.

La identidad (social, personal) también es víctima de estos teóricos. En este aspecto, rechazan en general la idea de que existan realidades fijas y estables: todo sería construido por el lenguaje. Esta posición es llamada *antiesencialista*, pues niega que el ser de las cosas sea estable. Esto se aplica también al individuo; siguiendo a Freud, tienden a coincidir en que el sujeto está dividido, pero según ellos, lo está por ser constituido por muchas textualidades en interacción. Una de las ideas que más le repugnan al postestructuralismo es la de una conciencia independiente, existente por sí misma y autoconstituida.

Al estar todo constituido por el lenguaje, no puede haber ni siquiera una modalidad de lenguaje que pueda referirse al lenguaje, un *metalenguaje*. El lenguaje sería, según esto, más bien plano, sin profundidad. No habría una profundidad oculta, o una esencia por descubrir en los fenómenos: entre las dicotomías que el postestructuralismo desecha está la de *esencia-apariencia*. Por ello, todo sería superficie, sin nada más bajo ella; este es un tema que le apasiona a Baudrillard.

Otro aspecto importante, ligado al anterior, es la crítica de las teorías totalizantes, las que en la modernidad pretendieron explicar toda la realidad. En este aspecto, el blanco más persistente de sus críticas –a mi parecer, muchas veces desacertadas– es el filósofo Hegel, cuyo sistema abarcaba la historia y la naturaleza, pretendió explicar todo lo real. La totalidad es también una idea que persiste en el marxismo, y esto ha hecho que esta teoría haya sido también a menudo atacada por los postestructuralistas,

quienes prefieren hacer análisis a partir de aspectos fragmentarios, sin remitirse a un criterio totalizador que le dé coherencia y sistematicidad a las partes analizadas. De hecho, algunos de estos autores han logrado difundir el equívoco de que el criterio de totalidad en el análisis lleva al totalitarismo en política (¡!).

Estos teóricos sin duda forman parte de la posmodernidad, aunque en la mayoría de los casos no por voluntad propia, pues no necesariamente se han suscrito a un programa cultural posmoderno. Dijimos anteriormente que no debía confundirse postestructuralismo con posmodernismo; esto debe entenderse en el sentido de que la posmodernidad se ha adueñado de muchas de las ideas de los teóricos postestructuralistas, pero persiste en estos, en la mayoría de los casos, un impulso crítico que los aleja de la autocomplacencia posmoderna.<sup>82</sup>

Algunos entre ellos se califican a sí mismos como posmodernistas; son aquellos cuyas posiciones tienden a alinearse en la derecha política: Lyotard, Rorty, Vattimo. Otros, como Foucault, Baudrillard, Derrida y Deleuze se han distanciado explícitamente del posmodernismo,<sup>83</sup> aunque sin duda han contribuido –más de lo que ellos quisieran, posiblemente– al clima posmoderno de la actualidad, y su escepticismo en cuanto al conocimiento y la política.

El método deconstructivo, por ejemplo, es una forma de deslegitimar los poderes imperantes en las sociedades contemporáneas; las investigaciones de Foucault sobre la dinámica del poder develan los orígenes de numerosas prácticas de poder actuales, mostrando la falsedad de los discursos que los sostienen. Sin embargo, en las academias norteamericanas se asocia a Derrida y a Foucault directamente como posmodernistas. En parte, quienes así los entienden son consecuentes con las ideas de estos autores: la interpretación que en esas universidades se ha hecho de Derrida y de Foucault está hecha desde un punto de vista posmodernista, y si la interpretación no tiene que remitirse a la consideración sobre los autores, entonces el (ab-) uso de los textos queda a juicio del lector.

Pero la crítica radical de los postestructuralistas a la cultura ha tenido límites bien marcados. Los temas del marxismo han sido deliberadamente dejados de lado por ellos, como recuerda Eagleton: “es como si casi toda otra forma de sistema opresivo –estado, medios de comunicación, patriarcado, racismo, neocolonialismo– pudiera ser prontamente debatida, pero no la que con harta frecuencia impone la agenda de todos esos asuntos, o está implicada finalmente con ellos hasta sus raíces”,<sup>84</sup> o sea, la lucha entre clases sociales.

Así, la crítica radical postestructuralista termina convirtiéndose en una justificación para la política posmodernista. En cierto modo, pareciera que la crítica de estos autores ha desembocado en un nuevo imperativo: “en teoría (en la práctica académica de la escritura), deconstruye tanto como quieras y todo lo que quieras, pero en tu vida cotidiana participa del juego social predominante”.<sup>85</sup>

## UN EPÍLOGO PROVISIONAL

Las diferencias entre modernidad y posmodernidad, se manifiestan diferentemente, según los cambios en las diferentes esferas de la modernidad, y sus respectivas luchas en torno al proyecto modernizante. Los modernismos negativos y la posmodernidad comparten en general la crítica a la modernidad, pero aquella ha renunciado a cualquier trascendencia, y se contenta con funcionar dentro de los límites del sistema.

Por ello, la posmodernidad no es una novedad frente a la modernidad; al contrario, es su agotamiento. Su novedad consiste en disolver la idea de novedad y, con ella, la de la historia. Si la historia está agotada, solo queda adaptarse al sistema, aprender a lidiar con él, conocerlo, no para cambiarlo, sino para transgredirlo. **La modernidad ha sido descrita como flujo, inestabilidad, vacío, desamparo; la posmodernidad no promete nada mejor.**

Fredric Jameson, en un estudio ya clásico sobre la cultura contemporánea, afirmaba que la posmodernidad es la **lógica cultural del capitalismo tardío**, del mismo modo como el realismo había sido lo predominante en la cultura del capitalismo industrial, y el modernismo durante el capitalismo monopolista. Aquí hemos argumentado más bien en torno a la idea de que la posmodernidad es la lógica cultural de los regímenes de acumulación flexible a partir de la década del setenta, y que políticamente su principal referente ha sido la derrota de los proyectos utópicos de los sesentas.

La negación de las condiciones de vida del período fordista-keynesiano, por tanto, fue asumida junto con el desencanto frente a las posibilidades de una revolución social y cultural, lo cual incidió en que el nuevo ambiente cultural se apropiara de los elementos estéticos y teóricos más progresistas, pero restándoles radicalidad respecto a sus ambiciones de cambio social. Es por esto que la posmodernidad se ha apropiado de gran parte del modernismo negativo en las tres esferas de la vida cultural.

Ahora bien, es necesario recalcar que si la posmodernidad es la etapa histórica en la que nos encontramos, no tiene mayor sentido abordarla a partir de juicios moralizantes. Se puede estar a favor o en contra de ciertos aspectos del posmodernismo, pero no tiene mayor sentido declararse de uno u otro modo respecto a la posmodernidad como un todo;<sup>86</sup> ya Marx, por ejemplo, había afirmado que el capitalismo ha sido lo mejor y lo peor que ha sucedido en la historia.

En todo caso, no es claro cómo puede sostenerse la necesidad de un movimiento feminista, si se prescinde de ideales de emancipación, o cómo pretenden los posmodernistas que se respete la diferencia en una sociedad que impone la necesidad de dinero como la única necesidad verdadera. Pareciera que la liberación implica en cierta medida algún metarrelato; la posmodernidad, de hecho, tampoco ha renunciado a sus metarrelatos.<sup>87</sup>

Esto es particularmente cierto en América Latina. El lector habrá notado que hemos omitido aquí abordar este importante

tema. La omisión ha sido deliberada, no porque la posmodernidad no haya llegado por estos confines, sino porque la forma como ha llegado implicaría un tratamiento aparte, que contemplara el desarrollo desigual de la economía mundial, y las luchas políticas autóctonas. Efectivamente, siendo parte de un mismo sistema mundial, América Latina –y los grupos sociales en ella– ha experimentado la modernidad y la posmodernidad de un modo diferenciado respecto a los países desarrollados.

Al encontrarse América Latina bajo la jerarquía material y simbólica de esos otros países, la referencia a ellos se hace necesaria –aunque, por supuesto, no suficiente– para pensar nuestra realidad. Ya se han intentado novedosas aproximaciones al tema;<sup>88</sup> tal vez en otra ocasión podamos ampliar sobre el tema.

De momento, solamente quiero traer a colación un episodio cotidiano que ilustra una faceta sombría de la posmodernidad, que en nuestros países ha tenido una connotación más conservadora que en otras latitudes. Hace unos cinco años recuerdo un anuncio camino a Guadalupe. Era una gran valla publicitaria, en la que figuraba una guapa joven, apretada por unos estrechos pantalones, y con un gesto de despreocupación. Detrás, en forma borrosa, aparecía, a modo de trasfondo, un pez grande a punto de engullirse a otro más pequeño. Esta grotesca imagen, que contrastaba con la de la atractiva modelo de la valla –un claro recurso de estética posmodernista–,<sup>89</sup> adquiriría sentido por la leyenda que las acompañaba:

*“Levi’s Cargo: sin cargas sociales”*

## NOTAS

- 1 Cfr. Berman, Marshall. *Todo lo sólido se desvanece en el aire. La experiencia de la modernidad*. Bogotá: Siglo XXI, 1991. Wagner, Peter. *Sociología de la modernidad. Libertad y disciplina*. Barcelona: Herder, 1997.
- 2 Intelectuales tan diferentes entre sí como Marx, Weber y Husserl han coincidido en que en la modernidad las relaciones entre el ser humano y su entorno sufren un profundo cambio: de ser relaciones con las cosas y los prójimos por sí mismos, pasan a ser unas en las que predominantemente estos se convierten en medios para fines más allá de sí mismos. Con el capitalismo y la ciencia moderna, el ser humano visualiza su mundo cada vez más como una entidad abstracta, pensada en términos de su utilidad (principalmente económica) y no de su disfrute inmediato. Si en una sociedad premoderna, por ejemplo, un árbol es visto como símbolo de la tradición, en una moderna muy probablemente sea percibido como un instrumento para generar ganancias monetarias.
- 3 Se suele diferenciar entre modernidad, modernización y modernismos. La modernización es el proceso, principalmente socioeconómico, por el cual se instaura la lógica de la modernidad en una determinada sociedad; por su parte, García Canclini define los modernismos como “proyectos culturales que renuevan las prácticas simbólicas con un sentido experimental o crítico”. García Canclini, Néstor. *Culturas híbridas. Estrategias para entrar y salir de la modernidad*. México: Grijalbo, 1991. Pág. 19.
- 4 Jameson, Fredric. *El giro cultural. Escritos seleccionados sobre el posmodernismo*, 1983-1998. Bs. Aires: Manantial, 1999. Pág. 16.
- 5 Cfr. Habermas, J. *Teoría de la acción comunicativa, I. Racionalización de la acción y racionalización social*. Madrid: Taurus, 1999. Pp. 216-227.
- 6 Efectivamente, ya durante la Ilustración, Kant daba a entender que existían tres ámbitos de pensamiento con reglas distintas entre sí. A cada una le dedicó un tratado filosófico: a la ciencia, la *Crítica de la razón pura*; a la ética, la *Crítica de la razón práctica*; y al arte, la *Crítica de la facultad de juzgar*.
- 7 La racionalización, según Max Weber, consiste en un proceso por el cual, en vistas a la mayor eficiencia de cada actividad humana, las áreas del quehacer social se hacen cada vez más especializadas; es el proceso constituyente de la modernidad. En este sentido, en la modernidad a la ciencia no se le exige que sus desarrollos sean bellos, ni al arte, por ejemplo, que sea moralmente correcto; a esto se refiere la diferencia respecto a los criterios por los que se valoran las diferentes esferas culturales. Cfr. Jiménez, Alexander. "El museo imaginario postmoderno. (Lo estético en la postmodernidad)". En: Jiménez, A. (comp.). *Del buho a los gorriones. Ensayos sobre la postmodernidad*. San José: Guayacán, 1993. Pp. 57-58.
- 8 Callinicos, Alex. *Contra el posmodernismo. Una crítica marxista*. Bogotá: El Áncora, 1993. Pp. 21-22.

- 9 Es necesario, por supuesto, *ordenar* lo posmoderno antes de poder analizarlo; de lo contrario, solo se percibirá la posmodernidad –o cualquier otro fenómeno social– como caos. De allí que sea común encontrar caracterizaciones que, so pretexto de exaltar la pluralidad y la diferencia en la condición posmoderna, no van más allá de sus características más superficiales.
- 10 En rasgos muy generales, nuestra caracterización de estas tendencias coincide con la de Simón Marchán, quien sostiene esta perspectiva para el caso de los movimientos artísticos. Schweder también distingue entre iluministas (afirmativos, decimos aquí) y románticos (negativos). Cfr. Marchán Fiz, Simón. *Del arte objetivo al arte de concepto. Epílogo sobre la sensibilidad posmoderna*. Madrid: Akal, 1994. Pp. 315-318. Schweder, Richard. "La rebelión romántica de la antropología, o el pensamiento es más que razón y evidencia". En: Geertz, Clifford et al. *El surgimiento de la antropología posmoderna*. Barcelona: Gedisa, 1998. Pp. 78-80.
- 11 Grüner, Eduardo. *El fin de las pequeñas historias. De los estudios culturales al retorno (imposible) de lo trágico*. Bs. Aires: Paidós, 2002. Pág. 114.
- 12 Jameson también ha estudiado varios autores en la posmodernidad a partir de sus actitudes hacia la modernidad. Cfr. Jameson, Fredric. *Postmodernism, or, the cultural logic of late capitalism*. Durham: Duke University Press, 1997. Pp. 55-66.
- 13 Heller, Ágnes y Fehér, Ferenc. *Políticas de la posmodernidad. Ensayos de crítica cultural*. Barcelona: Península, 1992. Pág. 149.
- 14 Cfr. Lefebvre, Henri. *La vida cotidiana en el mundo moderno*. Madrid: Alianza, 1972. Pp. 62-77.
- 15 Muchos entre quienes defienden la idea de que nos encontramos en una época posmoderna suelen apelar a estas teorías de la sociedad postindustrial. Así, por ejemplo, Jean-François Lyotard, uno de los escritores que mayores ecos tuvo en difundir la idea de la posmodernidad, retomó esta idea –aunque la desarrolló de un modo muy distinto a Bell o Touraine–, anunciando en 1979 que al nuevo tipo de sociedad le correspondería un nuevo tipo de conocimiento y de sociabilidad. Más adelante nos referiremos a los planteamientos de este autor.
- 16 Cfr. Bell, Daniel. *El advenimiento de la sociedad postindustrial*. Madrid: Alianza, 1984. Touraine, Alain. *La sociedad postindustrial*. Barcelona: Ariel, 1973.
- 17 Manuel Castells. *La ciudad informacional. Tecnologías de la información, reestructuración económica y el proceso urbano-regional*. Madrid: Alianza, 1995. Pág. 29.
- 18 Harvey, David. *The condition of postmodernity. An enquiry on the origins of cultural change*. Malden-Oxford: Blackwell, 1999. Pág. 145.
- 19 *Ibid.*, pp. 125-140. El fordismo también generó grupos excluidos de sus ventajas: los obreros dedicados a industrias con características distintas a las típicamente fordistas, las minorías étnicas y las mujeres, por ejemplo, quedaban al margen, y junto al bienestar para los obreros varones, blancos y sindicalizados, se podía encontrar también sectores sociales y geográficos sumamente empobrecidos.

- 20 Cfr. Hobsbawm, Eric. *Historia del siglo XX. 1914-1991*. Barcelona: Crítica, 2000. Pp. 102-103.
- 21 Cfr. Mandel, Ernest. *Ensayos sobre el neocapitalismo*. México: Era, 1971. Pp. 11-25.
- 22 Cfr. Bell, Daniel. *El fin de las ideologías*. Madrid: Alianza, 1982.
- 23 Cfr. Harvey, *op. cit.*, pp. 155-156.
- 24 Así, por ejemplo, el *toyotismo* planifica la producción de acuerdo con la demanda del mercado: el papel de la información es en este caso evidente.
- 25 Negri, Antonio y Hardt, Michael. *Imperio*. México: Paidós, 2002. Pág. 273.
- 26 Cfr. Harvey, *op. cit.*, pág. 156.
- 27 *Ibid.*, pp. 147-153.
- 28 Cfr. Žižek, Slavoj. "Why we all love to hate Haider". En: *New left review*, (2), marzo-abril 2000. Pp. 40-41.
- 29 Cfr. Castells, *op. cit.*, pp. 52-59.
- 30 Cfr. Offe, Claus. *Contradicciones en el Estado del bienestar*. México: Alianza-Consejo Nacional para la Cultura y las Artes, 1991. También, especialmente, Mandel, Ernest. *El capitalismo tardío*. México: Era, 1979.
- 31 Citado en Rojas Osorio, Carlos. *La filosofía en el debate posmoderno*. Heredia: EUNA, 2003. Pág. 243.
- 32 Cfr. Eagleton, Terry. *Las ilusiones del posmodernismo*. Bs. Aires: Paidós, 1997.
- 33 Heller y Fehér, *op. cit.*, pág. 152.
- 34 Jiménez, *op. cit.*, pág. 70.
- 35 Maffesoli, Michel. "La socialidad en la posmodernidad". En: Vattimo, Gianni *et al.* *En torno a la posmodernidad*. Bogotá: Anthropos, 1994. Pág. 108.
- 36 Jameson, Fredric. "Periodizing the 60s". En: Jameson, F. *The ideologies of theory*. Vol. 2. Syntax of history. Mineapolis: University of Minnesota Press, 1989. Pp. 180-186. También se han relacionado los movimientos estudiantiles de los sesentas con los ideales de las vanguardias artísticas de los años veinte, y en especial con el surrealismo.
- 37 Por esto, Henri Lefebvre caracterizaba a tales sociedades como **sociedades burocráticas de consumo dirigido**. Cfr. Lefebvre, *op. cit.*
- 38 Cfr. Touraine, *op. cit.*, pp. 90-142. También, Nieto, Alejandro. *La ideología revolucionaria de los estudiantes europeos*. Barcelona: Ariel, 1971. Estos movimientos son el antecedente directo de la que fuera unos años más tarde en Costa Rica la revuelta contra ALCOA.
- 39 Cfr. Callinicos, *op. cit.*, pp. 310-311.
- 40 Cfr. Lippard, Lucy. *Pop art*. Singapur: Thames & Hudson, 2001. Venturi, Robert, Brown, Denise e Izenour, S. *Aprendiendo de Las Vegas. El simbolismo perdido de la forma arquitectónica*. Barcelona: Gustavo Gili, 1998.
- 41 Cfr. Heller, A. y Fehér, F. *Biopolítica. La modernidad y la liberación del cuerpo*. Barcelona: Península: 1995.
- 42 La capacidad de adaptación es una característica central de la modernidad, como había señalado Simmel, a principios del siglo XX. La posmodernidad, empero, acentúa esta tendencia moderna.



- 43 En este sentido, nótese, por ejemplo, la fascinación de directores de cine considerados posmodernistas, como Tarantino o Kusturica con grupos marginales, como los *gangsters* y los gitanos, respectivamente.
- 44 Cfr. Heller y Fehér, *op. cit.*
- 45 Cfr. Reed, Christopher. "Posmodernismo y el arte de la identidad". En: Stangos, Nikos. *Conceptos del arte moderno. Del fauvismo al posmodernismo*. Barcelona: Destino, 2000. Pp. 274-276.
- 46 Cfr. Žižek, Slavoj. "Multiculturalismo, o la lógica cultural del capitalismo multinacional". En: Jameson, Fredric y Žižek, Slavoj. *Estudios culturales. Reflexiones sobre el multiculturalismo*. Bs. Aires: Paidós, 1998. Pp. 167-168. Este autor señala, además, que el apego a ciertos particularismos funciona como un mecanismo de defensa contra el universalismo del mercado globalizado.
- 47 Esta ha sido la preocupación central de la llamada **Escuela de Frankfurt**, la cual analizó y criticó la racionalidad de la Ilustración, mostrando cómo en esta la ideología de la razón se convirtió en un mito irracional. Entre los autores que desarrollaron este tipo de análisis han estado Theodor Adorno y Jürgen Habermas.
- 48 Cfr. Amendola, Giandomenico. *La ciudad postmoderna. Magia y miedo de la metrópolis contemporánea*. Madrid: Celeste, 2000.
- 49 Jencks, Charles. *Movimientos modernos en arquitectura. Epílogo: tardomoderno y postmoderno*. Madrid: Blume, 1983. Pág. 374.
- 50 Frampton, Kenneth. *Modern architecture. A critical history*. Londres: Thames and Hudson, 2000. Pág. 9.
- 51 Las vanguardias artísticas pueden caracterizarse como movimientos artísticos que buscaban generar cambios sociales a través de cambios en la cultura, revolucionando el arte. Intentaron, entre otros aspectos, unir de nuevo las esferas culturales: estas corrientes reiteradamente trataron de estrechar lazos entre el arte, la ciencia y la política. En ellas el arte no es un fin en sí mismo, sino que estaba al servicio de la revolución: muestra clara de ello fue la militancia y el arte políticamente comprometido de los constructivistas rusos en el movimiento bolchevique, de los futuristas italianos en el fascismo, los surrealistas, primero en el comunismo oficial y luego en el trotskismo, los muralistas mexicanos con diversos partidos de izquierda, etc. Cfr. De Micheli, Mario. *Las vanguardias artísticas del siglo XX*. Madrid: Alianza, 1994.
- 52 Cfr. Frampton, Kenneth. Pp. 248-261.
- 53 Cfr. Fusco, Renato de. *Arquitectura como "mass medium". Notas para una semiología arquitectónica*. Barcelona: Anagrama, 1970. Pp. 21-39. Ejemplos de este tipo de arquitectura son los edificios de Estudios Generales de la Universidad de Costa Rica, el antiguo Banco Anglo sobre la avenida segunda, y la Casa Italia.
- 54 Una crítica de esta concepción puede encontrarse en: García, George. "Observaciones sobre la vida en la ciudad. (U, hormiguear se dice de muchos modos)". En: *Ciudad mundi. Hablar, discutir, imaginar la ciudad*. Heredia: EFUNA, 1999.

- 55 Cfr. Habermas, Jürgen. "Arquitectura moderna y posmoderna". En: *Ensayos políticos*. Barcelona: Península, 1994.
- 56 Benevolo, Leonardo. *Historia de la arquitectura moderna*. Barcelona: Gustavo Gili, 1994. pp. 684-721.
- 57 Cfr. Venturi, R. *et al.*, *op. cit.*
- 58 Véase, por ejemplo, el edificio de AT&T de Philip Johnson, o el hotel Westin Bonaventure de John Portman, por mencionar solo un par de ejemplos. En Costa Rica, la Cámara de Industrias y el Ministerio de Trabajo, que originalmente se diseñó para alojar a un banco.
- 59 Cfr. Ghirardo, Diane. *Les architecture postmodernes*. París: Thames & Hudson, 1997.
- 60 Sobre las relaciones entre las vanguardias y la cultura de masas, *cfr.* Hobsbawm, Eric. *A la zaga. Decadencia y fracaso de las vanguardias del siglo XX*. Barcelona: Crítica, 1999
- 61 Cfr. Moretti, Franco. "MoMA 2000 – the capitulation". En: *New left review*. (4) julio-agosto 2000.
- 62 Para una útil síntesis sobre el concepto de arte moderno, *cfr.* Lunn, Eugene. *Marxismo y modernismo*. México: Fondo de Cultura, 1986.
- 63 Cfr. Jameson, *The ideologies of theory*, *op. cit.*, pág. 195.
- 64 Žižek, Slavoj. "Alfred Hitchcock, o la forma y su mediación histórica". En: Žižek, S. (comp.). *Todo lo que Usted siempre quiso saber sobre Lacan y nunca se atrevió a preguntarle a Hitchcock*. Bs. Aires: Manantial, 1994. pp. 7-8.
- 65 Harvey, *op. cit.*, pág. 156.
- 66 Cfr. Bolívar Botia, Antonio. *El estructuralismo: de Lévi-Strauss a Derrida*. Madrid: Cincel, 1985. También: Lantéry-Laura, G. *et al.* *Introducción al estructuralismo*. Bs. Aires: Nueva Visión, 1972.
- 67 *Idem.*
- 68 Cfr. Lefebvre, H. *Más allá del estructuralismo*. Bs. Aires: La Pléyade, 1976.
- 69 Son relativamente pocas las características comunes para estos teóricos, y cada uno tiene una producción sumamente rica y original. Abarcarlos sería objeto de un estudio distinto al que nos hemos propuesto aquí; por ello, solamente veremos algunos aspectos muy generales acerca de sus teorías.
- 70 Barthes, por ejemplo, fue formado en estudios clásicos; Jean Baudrillard es sociólogo; Paul Virilio es urbanista.
- 71 Los antecedentes de este tipo de planteamiento están, empero, en los pensadores de la sospecha. Cfr. Jameson, *Postmodernism, or, the cultural logic of late capitalism*, *op. cit.*, pp. 391-399.
- 72 Eagleton, *op. cit.*, pp. 109-110.
- 73 Cfr. García, George I. "Sobre la (post-) modernidad filosófica: las Investigaciones filosóficas de Wittgenstein". En: *Revista de Filosofía de la UCR*. (93) Diciembre 1999.
- 74 Marx, a quien se ha identificado muchas veces como un creyente acrítico de que las sociedades progresan, en realidad no ha sostenido esta posición. Para él, cada modo de producción se desarrolla hasta que todas sus posibilidades han sido agotadas; en este sentido, dentro de cada modo de

- producción hay una evolución, sin embargo, Marx no suponía que el paso de un modo de producción a otro más complejo fuera automático; esta interpretación se deriva de una mala comprensión del método dialéctico.
- 75 Sobre las filosofías contemporáneas, *cfr.* Habermas, Jürgen. *Pensamiento postmetafísico*. Madrid: Taurus, 1990. Del mismo autor, *El discurso filosófico de la modernidad. (Doce lecciones)*. Madrid: Taurus, 1989.
- 76 Un estudio detallado sobre estos teóricos se puede encontrar en: Rojas Osorio, *op. cit.* Uno sumamente sintético está en: Lyon, David. *Postmodernidad*. Madrid: Alianza. 1997. Pp. 29-39.
- 77 *Cfr.* Lyotard, J.-F. *La condición postmoderna. Informe sobre el saber*. Madrid: Cátedra, 1998.
- 78 *Cfr.* Baudrillard, Jean. *Cultura y simulacro*. Barcelona: Kairós, 1978.
- 79 *Cfr.* Derrida, Jacques. *Márgenes de la filosofía*. Madrid: Cátedra, 1993.
- 80 Palabra griega que significa “conocimiento”.
- 81 *Cfr.* Foucault, M. *Las palabras y las cosas*. México: Siglo XXI, 1992. Del mismo autor: *Vigilar y castigar. Nacimiento de la prisión*. México: Siglo XXI, 1991.
- 82 Žižek afirma que Derrida debe ser, por lo recién comentado, considerado como un moderno, mientras que Habermas, quien se ha proclamado defensor de la modernidad, sería posmodernista por haber dejado de lado la crítica radical de la sociedad, al no tomar en cuenta el concepto de alienación en sus análisis. *Cfr.* Žižek, S. *Mirando al sesgo*. Bs. Aires: Paidós, 2000. Pp. 235-238.
- 83 Rojas Osorio considera a estos teóricos como tardomodernos, no posmodernos. *Cfr.* Rojas, *op. cit.* En este sentido, podrían ser considerados también como herederos del modernismo negativo o crítico.
- 84 Eagleton, *op. cit.*, pp. 46-47.
- 85 *Cfr.* Žižek. *¡Goza tu síntoma! Jacques Lacan dentro y fuera de Hollywood*. Bs. Aires: Nueva Visión, 1994. Pág. 11.
- 86 *Cfr.* la posición de Jameson sobre este tema: Jameson, F. *El giro cultural*, *op. cit.*, pp. 48-49.
- 87 Esto me parece particularmente claro en el caso de Lyotard. *Cfr.* García, G. *Sobre la (post-)modernidad filosófica*, *op. cit.*, pág. 401.
- 88 En este sentido, véanse los interesantes desarrollos de autores como García Canclini, Atilio Borón, Martín Barbero y Renato Ortiz.
- 89 Como en los cuadros de David Salle o Julian Schnabel.

## ACERCA DEL AUTOR

**George I. García** (1973): Licenciado en Filosofía y egresado de la Maestría Centroamericana en Historia, ambas por la Universidad de Costa Rica. Profesor de las Escuelas de Filosofía y de Estudios Generales en la Universidad de Costa Rica. Autor de los libros *Las sombras de la modernidad. La crítica de Henri Lefebvre a la cotidianidad moderna* (Arlekin, 2001. Premio Jorge Volio de ensayo en Filosofía 2003) y *La producción de la vida diaria. Temas y teorías de lo cotidiano en Marx y Husserl* (Perro Azul, 2005).

Ejemplar sin  
valor comercial

La licencia de este libro se ha otorgado a su comprador legal.

Valoramos su opinión.  
Por favor [comente esta obra](#).



Adquiera más de nuestros  
libros digitales en la  
[Librería UCR virtual](#).

LIBRERÍA  
UCR  
  
VIRTUAL

**D**esde hace más de tres décadas, las reflexiones en torno a las sociedades contemporáneas han venido invocando reiteradamente el término "posmodernidad". ¿A qué se refiere este concepto? ¿Cuáles son las características básicas de este tipo de sociedad y cultura? ¿Cuál ha sido su desarrollo histórico?

En este ensayo se parte de la concepción de una modernidad inherentemente contradictoria como eje para comprender la posmodernidad. Esta contradicción, que genera las tendencias del *modernismo afirmativo* y del *modernismo negativo*, se despliega en todos los niveles de la vida contemporánea: atraviesa la estética y la arquitectura, la política y la ética, la teoría y la ciencia. La posmodernidad se define a partir de sus relaciones con estas tendencias, por el modo en que se apropia de una u otra de acuerdo con las condiciones históricas más recientes.

La discusión sobre la posmodernidad nos exige, por tanto, una síntesis sobre algunos significativos procesos sociales de los siglos XX y XXI. En tal sentido, este texto se propone como una aproximación a la cultura y la sensibilidad de la época llamada posmoderna.

